



C A D A *hombre*
C O N S U
pájaro

E D G A R M A N U E L S Á N C H E Z G A R C Í A

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Artes - Colombia
Bogotá, Colombia
2017

C A D A *hombre*
C O N S U
pájaro

E D G A R M A N U E L S Á N C H E Z G A R C Í A

Tesis de creación e investigación presentada como
requisito para optar por el título de:
Magister Interdisciplinar en Teatro y Artes Vivas

Director
Rolf Abderhalden

Línea de investigación
Artes Vivas, performance y política

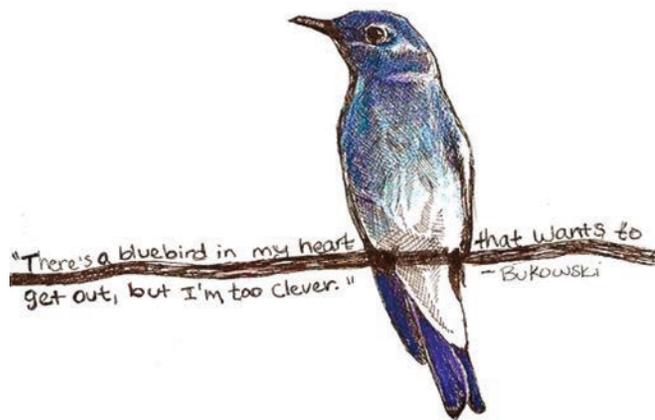
Maestría Interdisciplinar en Teatro y Artes Vivas
Universidad Nacional de Colombia / Facultad de Artes
en convenio con Universidad del Atlántico / Facultad de Bellas Artes
Bogotá, Colombia

2017



A la memoria de Aníbal Tobón y su idea de comprar 100 pájaros en el mercado cada mes para soltarlos en las lomas de Salgar, y de Carolina Acosta, la de lo siniestro, que nos dejó viendo un chispero antes de los carnavales.

Agradecimientos especiales a los pájaros enjaulados y su canto; a los pájaros libres que hacen resistencia a las bocinas y alta voces; a los pajareros de Barranquilla, por permitirme el acercamiento a su mundo; a los colegas, vecinos y amigos que me acompañaron en las salidas. A Zoila, Mingo, Simón y Salomé; siempre atentos a mis aleteos; al combo de la Tropa de Melquiades por su acompañamiento en el proceso de comparsa y carnavales; a los actores que continuaron hasta el gesto final y de manera muy especial a la bandada de pájaros libertos que guiaron el “amansamiento” del hombre-pájaro autor de este trabajo: Rolf Abderhalden, Adriana Urrea, Paolo Vignolo, Haidy Díaz, Sofía Mejía, Carlos Monroy, Carlos Pérez, Carolina Acosta, Víctor Lagnelet, Juan Carlos Dávila, y los migratorios que nos visitaron: Jean F. Chevallier, Michelle Kokouwski, José A. Sánchez, Suely Rolnik, Giulia Palladini, Víctor Lagnelet.



*“Hay un pájaro azul en mi corazón que quiere salir
pero soy duro con él,
le digo quédate ahí dentro,
no voy a permitir que nadie te vea”.*
Charles Bukowski

C O N T E N I D O

I. UNA IMAGEN	8
Los hombres-pájaro: están ahí... ..	12
Recorrido por el paisaje urbano	14
II. HACIENDO EL PÁJARO	21
La indagación	23
El amansamiento	28
La rutina	30
Lo que me enseñó el quinto pájaro	31
La propia opción de ser libre	36
La jaula	37
Quad de pajareros o “Las hembras no cantan”	39
Avanzada final sobre la incertidumbre.....	44
El amansamiento del artista	44
Café sobre la llaga	47
III. DE HOMBRES Y PÁJAROS	53
El espejo del carnaval.....	55
El canto.....	59
Los hombres-pájaros amplificados	66
Pajarraco/ espantapájaros	70
Mujeres con pájaros en la cabeza.....	71
El hombre en su propia jaula.....	75
IV. NUBE DE JAULAS	79
La nueva imagen, apuntes para una huella	81
La nueva imagen, la huella que se hizo gesto	83
Coda.....	89



UNA I. UNA IMAGEN IMAGEN



En la ciudad de Barranquilla sobreviven unos personajes que transitan por las calles a diferentes horas del día. Se ven con mayor frecuencia en las mañanas, muy temprano, o antes que baje el sol.

Señalo la imagen que estaba ahí, pero que no veíamos: un hombre, otro, muchos otros, caminan por la ciudad con una jaula en la mano a la altura de la cintura. Jaula cuadrada con un pájaro vivo adentro. Son los *hombres-pájaro*. Su presencia es al mismo tiempo tan habitual y tan poco notoria que me intereso en ella. Esa imagen me toca, me afecta.

Sostengo conversaciones con varias personas acerca de la dupla hombre-pájaro y descubro que tales sujetos no son muy visibles; no todo el mundo se ha percatado de su existencia.

Al indagar sobre la presencia de estos personajes en otros lugares, descubro que en distintas ciudades del Caribe colombiano también es posible hallarlos; incluso, que es generalizada su aparición hasta en los pueblos más apartados de la región. Allí, por el entorno en que se encuentran, no se ven extraños, pues parecen constituirse en elementos connaturales al paisaje rural; pertenecen a ese ritmo, a esos colores; allí no es necesario tener una facultad especial para detectarlos, solo que, por ser tan comunes, incluso quien los detecta puede llegar a ser uno de ellos mismos.

Me dispongo entonces a tratar
de observarlos,
a seguirlos,
a identificarlos...





12

CADA
HOMBRE
CON SU
PÁJARO

Los hombres-pájaro: están ahí...

Una mano sostiene, con la fuerza de la costumbre, la jaula.

La otra mano se agarra con firmeza el manillar.

La mirada al frente, firme el pedaleo.

El hombre controla automáticamente el equilibrio precario sobre su bicicleta, mientras su alado pasajero salta de trapecio en trapecio, dentro de la jaula, y recorre con su mirada, de un punto a otro, el entorno que le rodea y siente cómo el fresco de la mañana, o la tarde, golpea suavemente sus plumas.

Un hombre-pájaro de la misma comarca intercambia silbidos con el trino de su compañero alado, mientras con sus Nike “made in China” recorre el último tramo entre la parada del bus y la puerta del almacén de pinturas al detal donde se resguardará hasta bien entrada la tarde.

Otro emplumado pasajero viaja tranquilo junto al hombre que lo vio nacer y lo alimentó desde polluelo, dándole pan diluido en leche, con una cucharita de madera en forma de pico. Su columpio se mueve a un ritmo variable entre el caos vehicular del centro de la ciudad; viaja en una jaula que cuelga de una de las varillas que conforman la carpa de un gran triciclo de transporte público informal: un *bicitaxi*.

Mientras tanto, otro espécimen alado viaja en su jaula al lado izquierdo de la cabina de un bus, junto a su dueño; se halla muy cerca del retrovisor lateral, sobre una especie de altar, al lado de una ramita de matarratón fresco que poco a poco se irá



marchitando, y será reemplazada en el primer reloj del segundo recorrido, cuando el controlador revise el torniquete y pase por el marcador de la máquina del *tiempo* la planilla de viaje.

Veo un pájaro enjaulado a la entrada de la carnicería, del lado opuesto a la bandera roja, donde todo huele a cebo animal y materia orgánica que ha empezado su lento proceso de descomposición; la imagen me recuerda al actor Jean Reno, en la película *Perfecto asesino*, interpretando a León, rudo y silencioso personaje que cuida con delicado esmero a una planta y a una niña.

Recorrido por el paisaje urbano

Todos viajan, todos los días viajan.

Van de su casa al trabajo y del trabajo a su casa; de la casa a la cancha de fútbol, a la esquina, a la vuelta de la manzana, al juego de dominó, al paseo, al taller, a la construcción, a la chaza, la carretilla, al carro de raspao, al carro de mula, al almacén, al bus, al motocarro, al taxi, al *bicitaxi*, a la fábrica y de allí, de nuevo a la casa, *cambuche* o edificio.

Menos el domingo, que es el día de colgar la jaula en la terraza o el patio. El día para quedarse en el barrio.

En Barranquilla, los hombres-pájaro que se ven los domingos no son sólo los vendedores de *raspao* y los zapateros de la carrera La

Paz. Entre los zapateros identifico claramente a uno de muy baja estatura, tiene brazos y piernas curvas, cabello canoso, ondulado y largo sobre sus hombros desnudos, y los ojos claros, casi siempre enrojecidos. Es muy silencioso. Se mueve con pasos rápidos sobre el andén, entre su banco y el motor de pulir, el pegante amarillo y el arrume de zapatos viejos recién reparados. Allí, el canto del pájaro y su brincoteo dentro de la jaula crean las paredes invisibles que aíslan al zapatero de ese ruidoso entorno en el que compiten el altavoz del predicador callejero, el locutor del almacén de “Todo a tres mil” y el vendedor de DVD con las grabaciones de las parrandas de Diomedes Díaz y Poncho Zuleta, echando versos en piquería.

Al vendedor de *raspao* lo conozco un poco más; lo he tenido de cerca, lo he vacilado por su radiecito, por la manera de tocar su corneta, por sus mocasines blancos sin medias, por su camisa de colores chillones o de la selección Colombia. He visto cómo se juega de palabras y de manos con los jóvenes frente al colegio San José; sé de sus sobrenombres, pero aún no le he preguntado por la relación que tiene con su pájaro. Este siempre ha estado allí, en su jaula, junto a los frascos con almíbares de colores; sobre el carrito, cerca de la leche condensada.

Los miro detenidamente uno a uno y trato de identificar qué tipo de relación es la que se establece entre estos hombres y sus animales. ¿Qué extraordinaria fuerza los une? ¿Qué mágico vínculo entrelaza sus historias de ida y de venida?



15

MANUEL
SÁNCHEZ
GARCÍA



16

CADA
HOMBRE
CON SU
PÁJARO

*Comprender (o intuir) que son uno solo:
las dos partes del cerrojo.*

La doble imagen del espejo reflejada: el hombre y sus huevos.

Su símbolo preso: su idea de libertad controlada del todo.

Su posibilidad de cantar: desplazada.

*Su vuelo: transformado en recorrido corto
entre varillas–columpio–varilla.*

Alimento, agua, baño. Mascota, hijo.

*Trofeo de caza, máscara, ilusión, propiedad; apego–bien
Soledad–compañía, libertad-cautiverio, fragilidad–fuerza;
cazador–presa.*

Ciudad–campo, gris–amarillo, concreto-cielo.

Identidad–muchedumbre, costumbre-instinto.

Atavismo-herencia, destino, manda, apéndice.

Rastros de ternura – anhelo de vuelo.

Juego eterno: el hombre que aun adulto no cesa de jugar.

*Juega al billar, al dominó, al parqués, a los carros,
a la guerra, a la caza, a los pájaros...*



17

MANUEL
SÁNCHEZ
GARCÍA



18

CADA
HOMBRE
CON SU
PÁJARO

Podría decir que cada hombre y su pájaro son uno solo; podría arriesgarme a decir que, además de hombre-pájaro, son también hombre-niño, hombre-mujer, hombre-ilusión...

Pero me pregunto si los hombres-pájaro se reconocen entre ellos. ¿Asisten juntos a algún club? ¿Forman parte de alguna cofradía siniestra? ¿Se reúnen en algún salón o ramada a danzar-volar con sus pájaros o a cantar-trinar en un gran patio en medio de grandes coreografías y coros a voces mientras cocinan enormes ollas de alpiste o millo? ¿Qué mística conexión existe entre ellos y aquel “Hombre viejo con unas alas enormes” que nos legó Gabriel García Márquez? ¿O será que todo esto es realmente una invención más de “El colete” (el pintor barranquillero Efraín Cortés) de los peloteros alados del Barrio Abajo?

No lo sabré si no me entrego al juego eterno del artista, si no formulo preguntas, si no pruebo, si no intento, descubro y cruzo imágenes viejas con nuevas; sonidos organizados con la estridencia del alta-voz del carretillero que combina sus propias necesidades de estallido y luz, o sosiego y sombra, en su propio cuerpo, en su propio canto.

Hibridar espacios, tejer gritos y cantos en un intento por palpar el borde de la urdimbre de estas burbujas. Esa es la apuesta. Y hacer con todo esto, quizás... una nueva burbuja.





HACIENDO II. HACIENDO EL PÁJARO EL PAJARO



“Este pájaro lo hice yo”, dice un pajarero levantando un poco la jaula que lleva en su mano, para mostrar con orgullo el canario adulto que allí atesora. Al usar esta expresión se refiere al proceso que ha ido desarrollando con su pájaro, desde el momento en que lo cazó él mismo en el monte, o lo compró en las pajareras del mercado, hasta que logró que este pudiera cantar tranquilamente “en su mano”. Es decir, cuando el pájaro trina con plenitud en cualquier espacio abierto o cerrado donde se encuentre, independiente del nivel de ruido o presencia de humanos a su alrededor; siempre dentro de su jaula. (Incluso se nombran casos de pajareros que logran que su animal salga de la jaula, sobrevuele el entorno, cante y luego regrese).

Cuando esto ocurre, ha cambiado de plumaje dos veces y ha pasado de un amarillo verdoso a un amarillo muy definido; con lo que se puede concluir que el pájaro *está hecho*.

La indagación

Como parte del acercamiento a este universo, viví la experiencia de tener unos pájaros en casa. Descubrí que solo podría entrar a ese mundo si tenía yo mismo unos pájaros enjaulados; no solo por el trabajo experiencial directo, sino como una manera de ser aceptado por los pajareros a quienes quería conocer e interrogar para entender sus prácticas, sus principios, sus medios y sus fines.

Me puse entonces en la tarea de adquirir unos pájaros. Hablé inicialmente con mi hermano Hugo, a quien durante muchos años lo vi criando y cuidando muchos pájaros en su casa; también lo vi intercambiando, llevando y trayendo para sus amigos del trabajo variedades de aves muy diversas. Se extrañó cuando le pedí que me ayudara a conseguirlos, pues siempre le cuestioné, en nombre de la libertad, el hecho de tener pájaros encerrados.



Con un amigo suyo, Hugo me consiguió un canario adulto en La Guajira. En principio no lo acepté pues no estaba realmente muy convencido del asunto de tener pájaros.

Más adelante, ante la inminente necesidad de adentrarme a fondo en la indagación, hice una discreta difusión de la idea entre amigos y conocidos para ver quién podría ayudarme. Resultó que unos criaban pájaros en sus casas y otros tenían familiares cercanos con esta misma afición. A esas alturas, mi hermano ya había deshecho el negocio y devolvió el pájaro que había conseguido para mí.

Los primeros dos canarios

Hablé con varios de mis vecinos pajareros y empezó entonces una relación de cooperación y colegaje entre nosotros. Moisés, el tendero de la cuadra (dueño de una típica tienda costeña), me prestó una jaula que tenía en desuso y nos fuimos al centro de la ciudad a buscar a Eduardo, vendedor estacionario de frutas, quien le vendía los pájaros a él. Allí conseguí mi primeros dos canarios. Uno que Eduardo hábilmente pasó de una de sus jaulas a la que yo llevaba, y el otro lo compré con todo y jaula.

Empecé entonces una dinámica en la que permanecí un poco más de dos meses, entre marzo y junio de 2016.

Luego empezaron a llegar a mí otros pájaros y otras jaulas.

El tercer pájaro

Tedys Villar, un colega joven, que me acompaña como escenotécnico en varios proyectos de teatro, me regaló un perico australiano macho que era de su tía, y al cual se le había muerto la pareja. El compromiso con Tedys y su tía era que yo le compraría una hembra a su pájaro para que este no muriera de tristeza.

El cuarto pájaro

Pedro Pérez, un compadre y colega también, me consiguió un canario “con garantía” de que cantaría, pues se lo había conseguido un amigo que sabía mucho del asunto y se dedicaba a la compra y venta de pájaros en Palmar de Varela, su pueblo. A estas alturas, ya tenía suficiente información sobre cómo continuar con mi inmersión como pajarero. Poco a poco empecé mi aprendizaje acerca de la crianza de esos animales y del mercado que existía entorno de esta costumbre.

Pedro me advirtió mucho sobre las estrategias de cazadores y revendedores (algunas de ellas muy crueles) para hacer parecer que tenían para la venta un buen espécimen. Con él hice un recorrido por la zona de las pajareras en el mercado de Barranquilla y me fue mostrando cada uno de los detalles de esa parte oscura del comercio ilegal, tolerado y desapercibido, de aves silvestres en la ciudad.



Este recorrido me permitió dar respuesta a algunos de los interrogantes, quizás ingenuos, que me hacía al inicio y que me enfrentaban a mi propio rechazo a esa costumbre de encerrar un animal cualquiera o tener en casa animales silvestres.

Anoto aquí un primer desplazamiento y una toma de decisión con respecto de mi indagación artística: asumir que podría iniciar un proceso de creación a partir de un sentimiento de rechazo, de antipatía y no de empatía o atracción por un tema o una imagen. Afirmación en la persistencia en el tema, independientemente de que me fuera grato o no; estuviera de acuerdo o no con esa práctica, era mi decisión.

Tuve claro que ética y moral entrarían en discrepancia: el más alto sentido de lo humano versus las reglas que forman (o deforman) el comportamiento social.

A este conflicto me enfrenté en más de una ocasión como parte de la experiencia de tener los pájaros en casa; al estar cerca de ellos, al mirarlos a los ojos, y sentir que me miraban; al ver su comportamiento, al escucharlos.

Fui consciente de toda la complejidad de este proceso, especialmente, luego de leer *La inteligencia de las flores*, de Maurice Maeterlinck; aunque esta obra se centra en el universo vegetal, era fácil hacer la transposición al etéreo mundo de las aves.



26

CADA
HOMBRE
CON SU
PÁJARO



“El pájaro probó el aire que atravesó la jaula, y giró su cabeza del tamaño de una moneda de cinco y alcanzó a ver al hombre. Se le antojó que era un Dios triste, de patas largas y sin alas, que por alguna razón soplaba dentro de la jaula y le susurraba trinos cortos que no entendía...”

María Matilde Rodríguez

27

MANUEL
SÁNCHEZ
GARCÍA



El quinto pájaro

Un viernes en la noche, mi sobrina Karol llegó a la casa con una cajita de cartón armada a mano, cosida con retazos de fibras plásticas reutilizadas. La cajita tenía tres orificios en una de las caras, y en la parte superior unos cortes que hacían las veces de ventanas. Adentro, venía un mochuelo, supuestamente macho. El pájaro se sentía muy inquieto y desesperado dentro de la jaula. Llevaba tres horas de camino en el carro de mi sobrina, y quien sabe cuánto tiempo encerrado allí.

Ella viajaba por carretera entre Puerto Bolívar (La Guajira) y Barranquilla. En el camino, cerca de Palomino, en territorio guajiro, había comprado el pajarito a un señor que tenía a la venta ejemplares de varias especies silvestres de la zona. Me

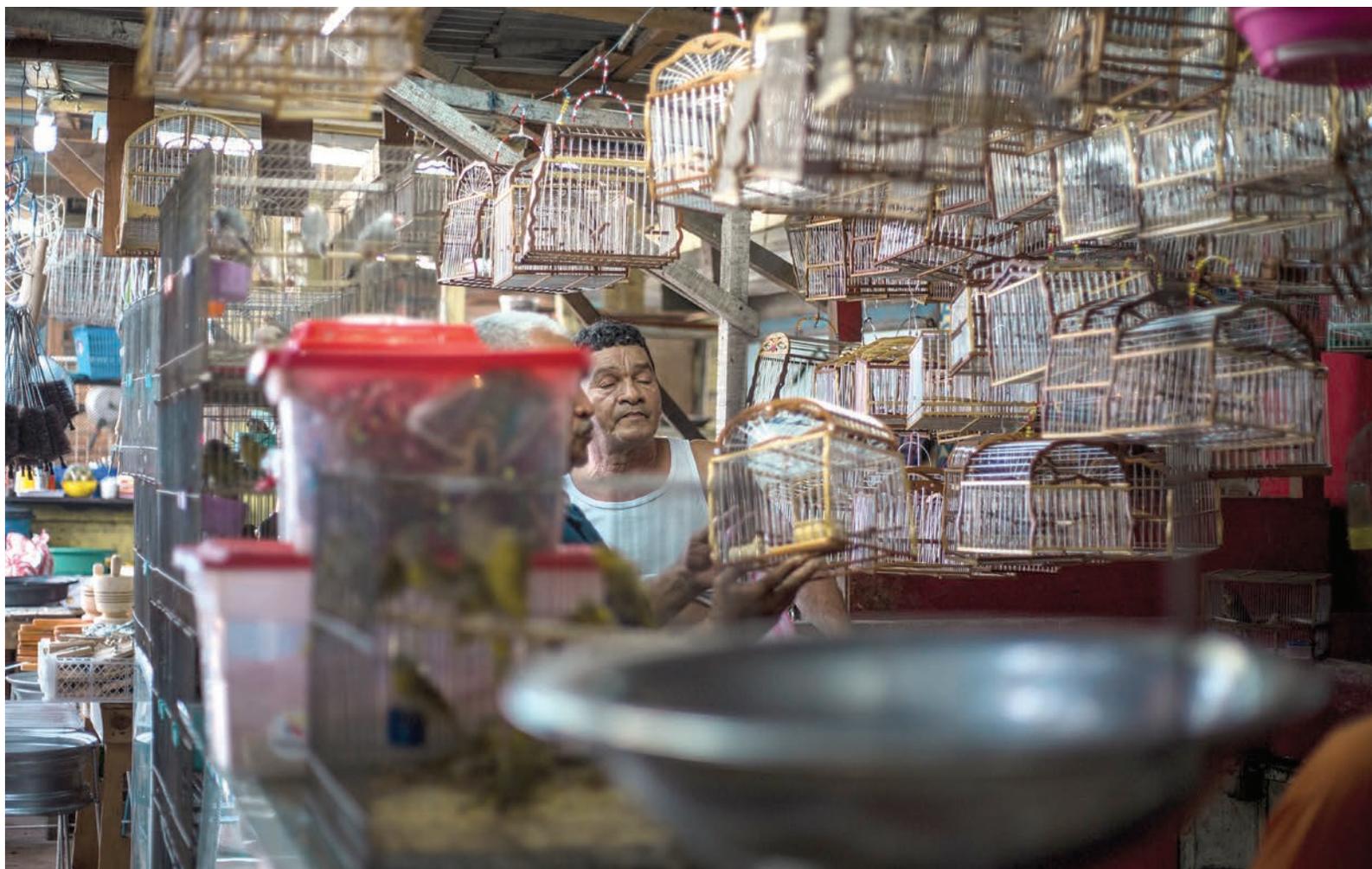
había llamado por teléfono para avisarme que tenía la opción de regalarme un pajarito, que escogiera entre varios. Yo le dije que me quedaba con el mochuelo (me ofreció un par, pero le dije que con uno solo estaba bien).

Escogí el mochuelo por aquello de “*En enero Joche se cogió un mochuelo en las montañas de María/ y me lo regaló, nomás/ para la novia mía...*”, la canción del compositor sanjacintero Adolfo Pacheco.

El amansamiento

Mi rutina empezaba temprano, a las 6:00 o 6:15 de la mañana, para atender a los pájaros. Luego de levantarme, me dirigía a la sala de la casa, donde pernoctaban. Uno a uno los llevaba al patio y los colgaba en unos ganchos que había dispuesto para ello en el techo de la terraza interior. Luego, les retiraba la tela con la que los cubría en las noches, y empezaba el proceso de limpieza de las jaulas, cambio de agua y dotación de comida.

El piso de las jaulas amanecía lleno de cascarillas de alpiste y de excrementos. Retiraba las láminas del piso y las lavaba con agua y jabón; luego colocaba cada jaula debajo del chorro del agua del lava-traperos para retirar cualquier otro elemento que pudiera luego descomponerse y enfermar al animal, y le llenaba el depósito de agua. Finalmente, tomaba un buche de agua en la boca y soplabla con fuerza sobre su cuerpo, para darle así un baño mañanero, que parecía disfrutar.



Bañar el pájaro con un buche de agua es una de las estrategias para amansar el animal, de acuerdo con las pautas que había recibido de los pajareros.

Cuando ya los tenía listos a todos, los llevaba a la terraza exterior de mi casa, donde también había dispuesto unos ganchos para colgarlos, mientras me alistaba para salir hacia el trabajo.

Ese cambio de lugar tenía inicialmente la intención de moverlos de entorno y permitir que escucharan el canto de los pájaros de mis vecinos Jorge y Moisés, quienes me recomendaban no

colocar las jaulas tan cerca entre ellas, para que *la distancia les exigiera a los pájaros tener que esforzarse por cantar*, otra estrategia de amansamiento.

Posteriormente, descubrí que colgar los pájaros en la puerta de la casa me ayudaba en el reconocimiento de otros vecinos del sector, que luego fui conociendo gracias a este gesto. Pasaban por mi casa y me ofrecían sus pájaros adultos para que los trajera a mi casa y *enseñaran a los míos a cantar* (clave de amansamiento) o me daban recomendaciones especiales sobre el cuidado y acciones para estimular su canto.

29

MANUEL
SÁNCHEZ
GARCÍA

La rutina

En las noches, los entraba y colgaba las jaulas en unas puntillas en la pared de la sala de mi casa. Era necesario cubrirlos con un trapo para protegerlos del frío nocturno y de la posible intromisión de otros animales en busca de alimento.

Al principio los cubría con fundas de almohadas o pedazos de un mantel, pero sentía que no era suficiente; no quedaba del todo satisfecho. Sentía que debía darles una mejor protección, quizás una tela más grande, que cubriera toda la jaula, más abrigada...

Una noche, al llegar a casa ya muy entrada la noche, descubrí que no había cubierto los pájaros, ni los había entrado. Se me acrecentó la sensación de desprotección en la que estaban y mi primer impulso fue tapar una de las jaulas con la camisa que me acababa de quitar. Luego cubrí las demás con los trapos habituales y los entré.

Ver la jaula arropada con mi camisa me generó tranquilidad; sentí que así les proporcionaba un poco más de abrigo. Recordé en ese momento el gesto de

arropar a mis hijos pequeños con una sabanita hecha por mi mamá (o por Zoila, la madre), con retazos de una camisa mía, como estrategia para que se sintieran más acompañados por mí, por mi olor, por la presencia de mi huella en esas telas.

La noche siguiente, cuatro de mis camisas de flores, las más preciadas por mí –incluyendo una hecha por mi mamá que conservo desde hace más de 20 años–, arropaban a los que ahora empezaban a ser mis pájaros.

Decidí, finalmente, dejar las jaulas y los pájaros cada noche en la terraza del patio. Ahora no solo tenía la satisfacción de sentirlos más protegidos, sino que la imagen de las jaulas cubiertas con mis camisas de colores empezó a generarme un placer estético, muy ligado a mis afectos. Esta imagen es lo más parecido al recuerdo de la ropa colgada en los tendederos del patio de mi casa de infancia. Esta imagen de las jaulas cubiertas con mis camisas de colores, colgadas en ese árbol, fue una de las *huellas* de mi indagación artística.

Los cuatro pájaros *viajaban diariamente conmigo a mi lugar de trabajo* (otra estrategia de amansamiento, el viaje, el paseo); allí, en el parqueadero del Museo del Atlántico, bajo la sombra de un árbol de níspero, colgaba las jaulas en otros ganchos que también dispuse allí para tal fin.

El recorrido entre mi casa y el museo era simpático. En ese entonces me transportaba en un microbús de trece pasajeros conducido por mí. Colocaba los pájaros enjaulados en la parte delantera, entre el puesto del conductor y el parabrisas, de tal manera que tenían vista al exterior.

Los pájaros se relajaban en ese recorrido. Me imagino que para ellos era lo más parecido a volar... Era de todos modos trasladarse de un lado a otro, viendo cómo iba cambiando el paisaje a cada momento. Esta misma sensación de relajación, y hasta de alegría, encontré en los pájaros cuando me desplazaba con ellos en la mano de un lado a otro por la ciudad.

Puedo asegurar entonces que los recorridos que ordinariamente realizan los pajareros de un lugar a otro, con sus pájaros en la mano, o en su medio de locomoción, son placenteros para el animal y esa calma que vive el pájaro, se transmite también al humano.

Puede ser esta una de las razones que ayuda a comprender una de las motivaciones del pajarero para cargar con su pájaro hacia donde vaya en su rutina diaria.



Lo que me enseñó el quinto pájaro

En el período de tenencia de los pájaros en casa hubo dos episodios que me generaron una gran conmoción: El primero fue la presencia del que sería mi quinto pájaro, ese mochuelo que llegó abruptamente un viernes en la noche, como un regalo de mi sobrina.

El pajarito revoloteaba sin parar dentro de una caja pequeña; se sentía desesperado. ¿Qué haría?, me preguntaba sin tener a la mano una respuesta. Tenía que pasarlo a un espacio más grande para que se tranquilizara. ¿Adónde? ¿A una caja más grande? Pues a una jaula. No tenía en casa una para él. Jamás pensé que me tocaría a mí esa labor de pasar un pájaro de una jaula a otra. (Ya había visto cómo Eduardo lo había hecho con el canario que le compré).

31

MANUEL
SÁNCHEZ
GARCÍA



Eran las 11:00 de la noche. Me fui al Museo con el mochuelo y me dispuse a pasarlo a una jaula que tenía allí. Estaba solo. Me encerré en el taller; alisté una tela grande para atraparlo nuevamente si se me escapaba. Armé todo el dispositivo y me dispuse a sacarlo de la cajita. Fue una de las sensaciones más extrañas y angustiantes que he vivido.

Me enfrenté nuevamente a una dolorosa decisión que no era otra que *continuar con mi trabajo* por encima de lo que pudiera sentir frente al sufrimiento ajeno.

Como pude, abrí la ventanita de la caja, metí la mano y agarré con más susto y consideración que fuerza el cuerpo de aquel animal que peleaba por salirse. No podía apretar demasiado, porque lo destriparía, pero tampoco podía dejar de agarrarlo, pues se me escaparía y no estaba dispuesto a ello. Quería seguir con mi exploración; resistir la sensación ambivalente del temor a hacer daño y la certeza de retener al animal.



*Un pájaro vivo en tu mano es un corazón latiendo
por fuera del pecho.*

*Un pájaro aleteando entre tus dedos
es un pez enganchado al anzuelo*

*Una mano reteniendo un pájaro que quiere volar
es una jaula viva que puede dar la muerte.*

*Soy el pájaro, soy la mano, soy la jaula, soy el hombre.
¿Qué animal soy, qué necesidad me mueve a buscarte,
a apresarte junto a mí?*

*Si no te quiero a ti sino a tu canto,
si no te quiero a ti sino a mí mismo.*

*O a la imagen que creo tener de mí mismo.
Si por lo menos pudiéramos cantar juntos.*

Lo coloqué dentro de la jaula. Su revoloteo se hizo más ansioso. Un vigilante del edificio me dijo que lo tapara con un trapo para que se tranquilizara y que cuando llegara a casa, le pusiera un poquito de azúcar al agua. Eso hice.

Al día siguiente emprendí nuevamente mi rutina de amansamiento. Al primero que me acerqué esa mañana temprano fue al mochuelo... seguía intranquilo. Parecía que no había parado de revolotear en toda la noche, intentando salirse por entre los barrotes. Lo descubrí y evidentemente su espíritu no hallaba sosiego; no paraba de brincar de un lado a otro y de intentar atravesar las rejas de la jaula.

Igual estaban mis corazones: el músculo que empuja mi sangre con mucha fuerza y ese otro corazón que no sabemos dónde está, pero que también nos impulsa o nos detiene a actuar de una u otra manera.

Nuevamente me enfrentaba al impulso de dejarlo salir y a la contraorden de continuar con la experiencia.

Seguí el primer impulso. Lo dejaría libre. No era posible que razón alguna, ni del arte, ni de la experimentación creadora me obligara a mantener en cautiverio a este animal que peleaba sin descanso por salir. Estaba ahí la vida manifestándose y reclamando su propio fluir, su propio curso. Y así, yo, falso amo, abrí mi mano-jaula para dejar libre al prisionero.

Descubrí que la indagación que realizaba no debía estar necesariamente ligada al hecho de mantener a ese frágil mochuelo

enjaulado, y que ese acontecimiento tendría el mismo valor experiencial que cualquier otro.

Sin abandonar mi espíritu observador, preparé mi celular en modo video y dispuse todo para dar libertad al mochuelo y, eso sí, registrar el momento. Fijar en el tiempo ese auténtico gesto poético que rebasaba cualquier discurso pragmático.

No salió enseguida, no.

Coloqué la jaula en un arbusto; me ubiqué detrás del celular en función de video a una distancia prudente, justo frente a la puerta de la jaula que luego abriría. Encendí la grabación, abrí la jaula, volví a mi puesto y lo que esperaba como un comportamiento instantáneo, inmediato, en busca de la libertad, no se dio. El pájaro se quedó quieto. Miraba hacia la puerta, pero no se movía. Luego giró varias veces sobre el palito en que se posaba y volvió a detenerse mirando hacia la salida. Quince minutos de espera y nada. No salía. Decidí cambiar de ángulo, para obviar un contraluz... Me moví a 90 grados de mi posición inicial, y lo que sucedió solo quedó registrado en la grabación, porque mis ojos o mi cerebro no fueron capaces de captar ese fugaz punto negro que trazó una línea recta entre la jaula, ahora vacía, y una rama del palo de olivo que tenía enfrente.

Lo que luego se ve en el video, casi inmediatamente, es salir a ese mismo punto negro perseguido por un pájaro papayero, mucho más grande que él, en dirección incierta pero en un trazo de vuelo de largo alcance.



Me imaginé que su corazón, más pequeño que el mío, palpitaba con mucha más fuerza que la que yo hice para que aquél pájaro no lo alcanzara y pronto, quizás en unas horas, estuviese de vuelta, reencontrándose con sus amigos en los alrededores de Palomino.

No obstante, dudé. Me pregunté si sobreviviría a ese encuentro. Luego de varios días, indagué por esa posibilidad con mi vecino Licinio Garrido, biólogo especialista en aves silvestres, quien como consuelo me dijo: “qué va, el papayero solo lo quería

sacar de su territorio... aunque no creas, los pájaros también son crueles...”.

Licinio estaba de paso esos días por la ciudad, visitando a sus papás, vecinos de mi casa. Y, por supuesto, le conté en lo que estaba con los pájaros y los hombres-pájaros. Gracias a él conocí algunos aspectos físicos de los canarios que serían muy útiles para mí. Pero sobre todo me enteré de la realidad que se mueve detrás y que da soporte a esa afición de criar pájaros, y que expondré en algunos de los apartes de este relato.

La propia opción de ser libre

El segundo episodio que marcó profundamente mi proceso de indagación con los hombres-pájaros tuvo que ver con el canario que mi amigo Pedro me compró en Palmar de Varela.

Luego de dos meses de exploración y amansamiento de pájaros, decidí liberarlos. El mochuelo, el quinto pájaro, fue al primero que solté; lo hice al día siguiente de haber llegado a la casa. El perico australiano se lo regalé a uno de los vigilantes del Museo. Los dos primeros canarios que compré con mis vecinos Moisés y Jorge, los liberé un domingo en la mañana, en el patio de mi casa.

Lo que sucedió con el cuarto pájaro fue doloroso y trágico. En atención a la promesa de “garantía de canto” que me había anunciado Pedro, había planeado regalárselo a Miguel Cepeda, un viejo amigo de colegio que respondió a mi llamado y me acompañó con un hermoso canario cantor en algunas de las salidas de exploración que hicimos con los pájaros por el Paseo Bolívar. Supe que a Miguel le habían robado ese canario del patio de su casa y andaba muy triste con la situación. Por eso decidí regalarle mi último pájaro a él.

Esperaba llevárselo a su casa el fin de semana. Justo la noche anterior, estuve de fiesta y volví tarde. A la mañana siguiente me levanté y bajé al patio a atender al único pájaro que me quedaba. Al ver la jaula noté que había olvidado cubrirlo la noche anterior. Me acerqué y vi que el pájaro estaba convertido en una

esfera de plumas, mucho más grande que su tamaño habitual. No se diferenciaban en su cuerpo ni cabeza, ni patas, ni pico, ni nada. Solo plumas. Toqué la jaula para ver si reaccionaba y se cayó hacia un lado, rápidamente abrí la jaula, lo saqué y lo cubrí con mis manos. Tenía el corazón en su máxima frecuencia. Le soplé la carita y me miró. Fui corriendo a mi cuarto, me metí en la cama con él. Me arrojé entre las sábanas y le hablé al oído invitándolo a que se repusiera, que se recuperara, que yo lo dejaría libre...

Sentí su mirada y de un momento a otro, se hizo liviano; dejé de sentir su peso. Aunque era muy leve, ahora si era verdad que ya no pesaba nada: los pocos gramos se habían ido con el palpitar de su corazón, con la luz de sus ojos, con su mirada, con su vida. Ya no estaba entre mis manos. Ya no estaba allí. Era realmente libre, libre de la jaula, libre de mí; incluso se había liberado de la celda de plumas que había construido él mismo.

Un largo silencio me embargó. Enterré su cuerpo sin peso junto al palo de limón.

Le conté a algunos de los pajareros este episodio y me dijeron que quizás lo había picado algún animal en la noche; o que una salamanqueja se le había orinado el agua. Pensé en una posible hipotermia que él trató de resistir al crispas sus plumas...

Cualquier razón no reemplazaría la sensación de tristeza, culpa e impotencia que me habitaba.

Pasadas varias semanas de este suceso, leí un artículo en un diario virtual español en el que se trataba el tema de la costumbre de tener pájaros enjaulados en Barcelona, y allí se referían a un comportamiento suicida de algunos pájaros en cautiverio. La descripción que hacían era la misma que yo vi y que acabo de relatar. Según esa fuente, el canario que me consiguió Pedro y que iba a ser regalado a Miguel, se *suicidó*.

La naturaleza dota a algunos seres de la claridad suficiente para asumir la opción de la propia muerte, como gran gesto de autonomía y libertad. Ese pequeño emplumado quizás es una muestra de la poderosa fuerza de la naturaleza que nos sobrepasa.

La jaula

De ser un instrumento simple de encierro y control del animal pasa a ser un objeto de culto, en el que el pajarero plasma elementos identitarios personales o de grupo. Se convierte también en un objeto de estatus, que nos habla no solo del nivel de desarrollo del pájaro sino del posicionamiento del pajarero en sus círculos de amigos o colegas de afición.

El primer encierro del animal posterior a su captura, se da en una cajita rústica de cartón, de forma rectangular y elaborada de manera artesanal, a la cual se le hacen unos orificios para aireación. La caja está desprovista de todo cuidado estético. El espacio es tan reducido que en su interior el pájaro escasamente podría girar sobre sí mismo o extender sus alas. La caja no tiene

recipiente ni para comida, ni para agua, pues solo es utilizada para realizar un trayecto corto entre el lugar de captura y la vivienda del propio cazador o del revendedor.

Si el pájaro es capturado por quien lo caza para sí mismo, o para vender, de esta cajita de cartón pasa, en el primer caso, a una jaula de amanse y en el segundo caso a una jaula colectiva. La jaula de amanse es de madera y alambre, o de metal; cuenta con un pequeño recipiente para el alimento y otro para el agua, además de un piso plástico o metálico removible que permite el aseo diario. Esta jaula es de forma cuadrangular y con unas medidas aproximadas de 25 cm³; de donde deriva el nombre de “cuadro”.

La particularidad de esta jaula es que tiene los barrotes de sus paredes, muy pegados entre sí; a una distancia entre barrotes y barrotes de 7 milímetros aproximadamente. Esta característica especial evita que el animal se hiera al chocar su cabeza, su pico y sus alas contra los barrotes de la jaula al intentar salir.

En el segundo caso, en el que el pájaro es cazado para la venta inmediata, generalmente va a una jaula colectiva de amanse, en la que son hacinados muchos pájaros jóvenes, todos recién capturados, muy inquietos, ariscos, estresados o “bastos”, como suelen llamarlos cuando están en ese estado. Esta jaula es similar a los “cuadros”, solo que más grande y más alta.

Después de permanecer en estas jaulas unos 15 días o un mes, en los que el animal empieza a adaptarse al encierro (ya no se es-



trella contra los barrotes ni se intranquiliza ante la cercanía de su dueño o de otros humanos) es trasladado a una jaula permanente de barrotes más separados.

Esta otra jaula tiene características más finas en su elaboración, la madera pulida y lacada, los comederos en madera torneada y lacada también y, en algunas ocasiones, *tuneada* con motivos de interés personal en los que el dueño coloca “su marca”: el escudo o símbolo de su equipo de fútbol, el símbolo de la ropa deportiva de sus ídolos, o su nombre.



Algo que surge posteriormente es la inclusión de un elemento que tiene una doble función de protección y de lujo. Se trata del forro o estuche para la jaula. Según la capacidad económica del pajarero, este puede ser una funda hecha en casa, de cualquier tela y con un orificio en la parte superior para la manija o colgadero de la jaula, o un estuche laboriosamente confeccionado por un ebanista o un tapicero.

El espacio ideal para apreciar este tipo de elementos son los concursos de pájaros.

Este enmascaramiento de la jaula tiene además una función de aislamiento total de la luz y el ruido, para que el pájaro esté tranquilo.





Quad* de pajareros o "Las hembras no cantan"

Cuatro hombres llegan a un costado de la plaza de San Nicolás. Cada uno porta sobre su espalda un artificio a manera de morral, que le permite soportar por encima de su cabeza, un altavoz que lleva encendido. Cada uno lleva en la mano una jaula vacía. Recorren simultáneamente un cuadrado imaginario en el piso y sin prisa, dibujan con sus pasos la rutina de algo muy parecido a un juego de parqués cuyas fichas son movidas por manos invisibles al mismo tiempo.

* En referencia a la obra de Samuel Beckett (1981).



A nadie parece interesarle este juego loco de cuatro hombres.

Los transeúntes pasan indiferentes, derechos, con su rumbo fijo, aunque algunos se detienen de pronto y miran con extrañeza este juego.

Estos cuatro que juegan siempre van por la misma línea. Los cuatro se miran entre ellos en algunas ocasiones, se evitan cuando están a punto de estrellarse trazando las únicas curvas que parece permitir su juego y que en esos momentos pudiera parecer un baile de salón.

No son hombres simpáticos ni elegantes; van vestidos de cualquier manera y, para colmo, no dicen nada.

Solo se escucha lo que sale por los megáfonos que llevan en sus maletas, como si quisieran decirnos que son unos pájaros.

De esas bocinas sale el canto de unos canarios; todas dicen lo mismo, o suenan lo mismo; es decir: todos son lo mismo, como si estuvieran repetidos. Si no fuera porque llevan ropa diferente, diría que es un mismo hombre, uno solo en cuatro cuerpos al mismo tiempo. Verdad que es raro.



40

CADA
HOMBRE
CON SU
PÁJARO



*Es raro.
Son hombres, pero no hablan.
No hablan, ni cantan.
Cantan los pájaros.
Pero las jaulas que llevan en las manos están vacías.
No están los pájaros.
Ellos son los pájaros.
Son machos.
Sí, son machos, porque las hembras no cantan.
Están fuera de la jaula, pero la llevan en la mano.
Esos se creen pájaros, pero no son más que unos
pobres hombres encerrados en ese cuadrado que viene
siendo su jaula de cemento.*



“¿Pero qué hacen?; difícil entenderlo si no dicen nada. Al final van a hablar y seguro van a intentar vendernos algo o hacerle propaganda a algo. Siempre que veo algo o alguien así con cosas raras en la calle y no es carnaval, es que van a pedir plata o son de alguna religión.

Esto como que estaba marcado desde antes en mi destino...

Ahora que los veo venir al sardinel y quitarse los aparatos de la espalda, veo que se hablan entre ellos, pero no dicen nada a los que observan. No nos dicen nada. Voy a acercarme a preguntarles, ¡señor!, ¿ustedes qué era lo que hacían?

Pensé que iban a decir algo al final, pero siguieron callados...

Bueno, si me preguntan por lo que vi, les diré que me pareció que eran unos hombres que se estaban amansando a ellos mismos en una jaula invisible; dando vueltas y vueltas sin querer encontrarse con nadie; o queriendo, pero no dejando.

Como me pasa a mí”.





*La señora de 60 años, protagonista de este relato, sale de su casa.
Solo toma las llaves y se echa algo de dinero entre el brassiere.
No mira, ni piensa hacia dónde va. No se detiene a decidir
qué rumbo coger. Su cuerpo se va solo. Como una ficha de parkés
movida por una mano invisible.
No va a ningún lado. Solamente a andar.
Sale de la casa para no pensar.
Llega al centro, entra a un almacén
y compra algo, cualquier cosa, algo que no necesitaba o sí.
Y vuelve a salir.
Como quien sale a amansar una rabia, una soledad,
a solventar un vacío.
Sale a amansarse, a amansarse a sí misma.
Como los hombres de los pájaros que vio en la Plaza de San Nicolás.*

43

MANUEL
SÁNCHEZ
GARCÍA

Avanzada final sobre la incertidumbre

Un grupo de hombres hace una avanzada. Armados de largos ganchos de alambón dulce con doble curva, recorren el boulevard del Paseo Bolívar y van colocándolos en las ramas más bajas de los árboles.

Los transeúntes y los vendedores estacionarios de la zona los vieron pasar, pero no advirtieron lo que vendría luego. Son solo unos hombres más que transitan cargando algo en sus hombros o en sus manos y no se sabe adónde van, ni de dónde vienen, y nadie pregunta por ellos. Igual que los hombres que pasan con un niño de la mano, o con bolsas de compras, o veloces con una caja de zapatos, o un folder bajo el brazo lleno de papeles trajinados. Pasan y pasan, cada uno con su rumbo o sin él, con palabras o sin ellas, cada quien con sus historias. Aunque no las conozcamos.

Al igual que los hombres, las mujeres atraviesan de arriba hacia abajo el boulevard, o por los costados. Por lo general, van en pareja, casi siempre conversando y portando en las manos lo que generalmente no importa, o no llama la atención. Otra mujer sola va con la mirada fija en el horizonte, lo que le permite esquivar cualquier gesto o palabra impertinente que le robe el pensamiento o el equilibrio sobre sus grandes tacones.

Van más mujeres, muchas más. A diferentes ritmos y soledades, a diferentes silencios y alborozos, van hacia donde llegar puede ser no más que cumplir una rutina o el inicio de un nuevo recorrido.

Nadie vio a los hombres. Nadie los vio llegar y colocar debajo de cada árbol los ganchos para que las jaulas quedaran visibles, por encima de las cabezas de los más altos. Bueno, o quizá si fueron vistos por otros que iban en grupo, con pájaros enjaulados en la mano y detrás de ellos, una comparsa de gentes raras, que aunque tocaban y cantaban versos que parecían del patio, no lucían como ninguno que hayamos visto antes pasar por aquí.

¿Eran gitanos?, ¿monjes? ¿Practicantes de algún siniestro culto? ¿O simplemente artistas que embriagados por las brisas se preparaban para el nuevo carnaval?

El amansamiento del artista

¿Cuáles voces escuchar?, ¿cuáles olvidar?, ¿cuáles recordar o retener?, ¿cuáles sensaciones, emociones, miradas, movimientos, rasgos, rutinas, gestos?, ¿cuál de todos esos materiales son los que valen, los que debo volver a mirar, a escudriñar?

¿Los del rito pagano, los de la denuncia, los de la fiesta y el canto?

¿Cuántas decisiones debo tomar para dar con el tono, el color, la textura, el ritmo? Seguro muchas, pero la primera y más importante es la que te permite hacer lo que te da la gana, lo que tu impulso vital designa, lo que mueve tu carne sin pensamiento, lo que surge espontáneamente de tu deseo.

Y ya. Ya no más pensadera.





Esto finalmente es el primer aprendizaje sobre las decisiones, tardío quizá, pero aún a tiempo para que el florecimiento brote, para que el placer de hacer te colme e irradie a los que te observan.

De este listado de imágenes y materias, ¿cuáles dejar para aplicar las nuevas operaciones o las mismas, pero más precisas, más conscientes?

¿De qué manera organizarlas en una huella que haga presente y muestre, toque, respire, vibre, devuelva? ¿De qué sirve un proceso de formación en creación si no es para surtir la transformación en el propio artista? En su propia materia, en su propia mismidad.

La vivencia de esta transformación al principio inconsciente, me condujo por una serie de interrogantes que luego fueron incorporados poco a poco como resistencia, o fueron comprendidos con perturbación; pero que de manera conjunta han ido disolviendo y reedificando mi naturaleza misma; he transitado de la razón a la carne, del pensamiento a la materia, de la mente al cuerpo y finalmente, del cuerpo a la carne.



Café sobre la llaga

Un gesto presente, palpitando, real, materia bruta, sin conflicto, sin narración, sin dramaturgias emergentes, sin composiciones aprioris, sin personaje, sin antifaces, liberado de la escafandra del actor, de la cuadratura del músico. Vivo. Con el ego descompuesto, descarnado y la carne a la vista. Simple.

Desmontaje

Llevado de la mano, a ciegas, por quienes intentan crear el camino conmigo, me adentro en un territorio de interrogantes y golpes de palo sobre piedras, fango, arena movediza, escalones que invitan a bajar, esteras tendidas que te ofrecen su horizonte, almohadas para acolchar cualquier caída, salvavidas, escalones que obligan a subir; que poco a poco me van indicando el pulso, el tono, la textura, el ritmo, la paleta, los acentos y contrapuntos, el volumen, la trama (¿la trama?), la altura, la espalda, el frente.

¿Cómo construir una acción sin personaje, sin conflicto, sin fuerzas en pugna? ¿La activación de unos objetos sin intención de representar, de narrar? ¿Un movimiento sin personaje? ¿Cómo llegar a esa idea? ¿Crear un espacio con pequeños fragmentos desconectados?

El equipaje: un balón de baloncesto, una camisa de flores, una correa, una caja de ganchos de cabeza, un picador de verduras eléctrico. Elementos de una primera constelación seleccionados desde lo simbólico.

Los otros

Estoy solo, pero ando junto a otros veintidós seres que también a palos van por un sendero que lentamente va haciéndose suyo y con quienes en varias ocasiones nos juntamos, nos tropezamos, nos llevamos en hombros sin conocernos, nos preguntamos a coro (cada uno con su metrónomo, su juego de llaves, sus dibujos, sus canciones, sus caretas, sus mares, sus islas, sus silencios), luego nos reconocemos y nos vemos andar.

A veces me parece que se pierden, pero soy yo quien ha estado extraviado. A veces no los escucho, no los veo, no los siento. Pero soy yo quien no habla, quien no alumbra, quien no se mueve. Y no es por no estar ahí. Es por estar muy adentro; quizás más adentro de lo necesario. Tanto, que me hace sentir afuera.

Surco

Cada uno se apoya en lo que puede para no caer más allá del abismo del que viene o empieza a transitar: uno con su navaja, otro con su mecedora, otras con sus vestidos, sus ollas, sus cartas, sus plantas carnívoras. Retiran cada día una nueva capa de su envoltura. Igual yo.

Los perfumes se diluyen en el aire a cada paso. Los olores verdaderos se hacen evidentes; los de la piel sudada, del desconcierto; el aliento se torna pastoso, los pies mojados tocan la piedra húmeda de mi propia espalda. Toca perfumar como sea, echar arena, tapar. No vaya a ser que las tripas se devuelvan y el



golpeteo del ecógrafo nos diga que todo terminó y la bailarina se nos quede tendida entre tubos soplados, aceite hirviendo, amarrajados de cuerdas y parlantes. Hay que poner café sobre la llaga y clavitos de olor con limón para que las moscas se aparten.

El espejo

Es necesario volver a reconocer el escándalo de las ollas, el ruido del picó, del tren llegando a Ciénaga, de la Fania All Star en concierto, del río con sus muertos, de la planta eléctrica, de las tajadas hirviendo, del grito que desde adentro te conduce al silencio y te obliga a volver la mirada sobre lo primordial, sobre lo que deseo, sobre lo que necesito escuchar.

Todo ello, para ver si surge la poesía por sí misma. Más allá de la primera ausencia, del segundo desprendimiento, el tercer vestido, el cuarto video, del quinto casete, de mi última camisa.

Más acá del recuerdo de la voz de la madre cantando entre el sonido del ir y venir de las aguas de una ponchera a otra y del chorro a la batea; o de la abuela cantándole a las vacas para que se recojan nuevamente, mientras los cuerpos de sus nietos se llenan de plumas blancas; luego de los retratos y la libreta de cuentas con la letra del padre y los garabatos de los hermanos.

Pero no, la poesía no ha llegado. No ha surgido.





*No se sentía ni dentro ni fuera del marco del espejo.
Él, en algún momento, sintió que pisaba el lugar definitivo.
Que la poesía estaría allí, aunque no la escuchara.
Le sorprendía sentir tanta levedad...
Solo era colocarse las medias para que el pantalón y la
camisa de flores terminaran de vestirlo y los zapatos de dos
colores empezaran a bailar por sí solos (como le gusta
a la bisabuela).*

Me engañaba, los comentarios de afuera me daban una lectura que distaba mucho de lo que sentía, pensé que *la poesía estaría independientemente de lo que sintiera, que ella tendría su propio latir*.

Los otros se congraciaban, se reían, celebraban mi “hallazgo”, pero por dentro, yo sospechaba que algo faltaba, que el peso de lo que buscaba no estaba allí, sobre esas baldosas; que lo que había que celebrar todavía estaba oculto entre las capas más finas del ego del espectador que en ese momento era de mí mismo.

Dije en voz alta: “*Es necesario volver a reconocer el escándalo de las ollas para ver si surge la poesía por sí misma*”.

Lo que no sabía aún era que la poesía tiene sus propias urgencias y solo sabe recurrir a su propio llamado.

El salto

Luego, los antiguos retratos familiares y la caligrafía de mi padre y de mi madre pidieron ser incorporados, así como las canciones que él cantaba, que ella cantaba. La radio, la máquina de coser.

Los busqué y solo aparecieron al final, cuando ya los había saltado. Cuando ya los había desechado. Cuando ya había descubierto que mi deriva conducía hacia mi propia historia, no la de ellos; hacia la historia que yo mismo construí sin darme cuenta,

la misma que empezaba apenas a desarrollarse por sí misma, a desperezarse en la maraña de sistemas que soy.

El lugar definitivo era un pretexto para poder recorrer las circunvalaciones de mi piel y los huesecillos del oído. Subir en contravía y bajar tranquilo por el torrente fragmentado de mi memoria. Para poderme ver en el desmontaje de los otros, en el surco del espejo, para vivirla.

Para saber que la poesía no está ni más allá ni más acá, ni luego.

El aleph

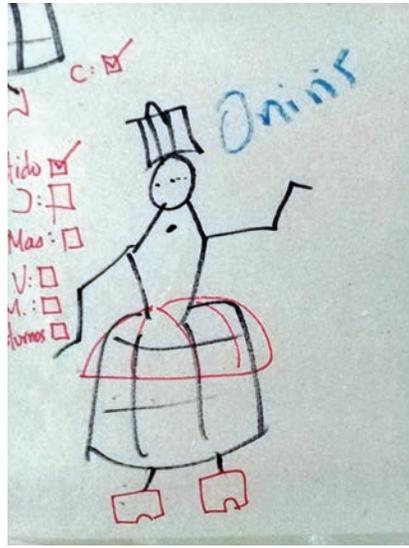
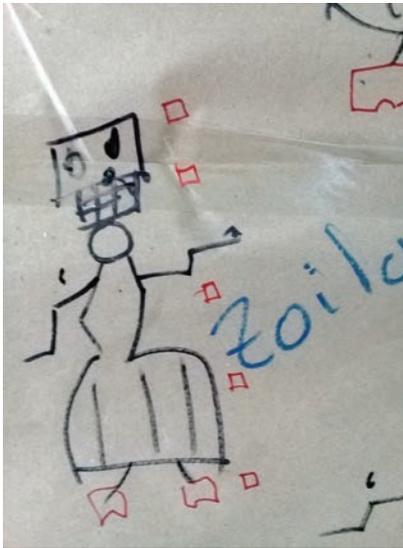
La poesía está hoy y aquí, en mi cuerpo. En este *aleph* de 57 años, de músculos distónicos, de corazón acincopado con tres valvas, de columna herniada, de piel casposa, de patas flacas, largas y traslúcidas; de fuerte llanto, de canto diáfano, de baile suave, de mirada clara, de nueva escucha, de manos ligeras, de paso firme, de amar con todo, de amar eterno.

Justamente lo necesario para resistir a la muerte. Y poder invitar a cenar, a desear, a dar.

El equipaje: 120 casetes con música diversa, un reproductor de casetes en regular estado, dos cajones de una vieja máquina de coser, una frazada y mis ausencias.



DE HOMBRES III. DE HOMBRES Y PÁJAROS Y PAJAROS



El espejo del carnaval

“¡Tienen que sacar esto en los carnavales!”, grita una voz ronca por encima de las cabezas de los transeúntes que se detuvieron a ver lo que pasaba.

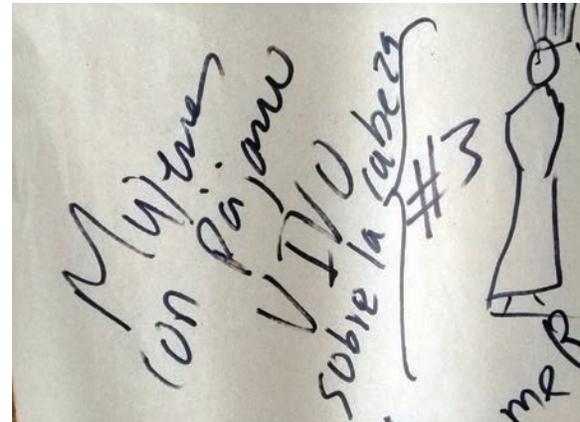
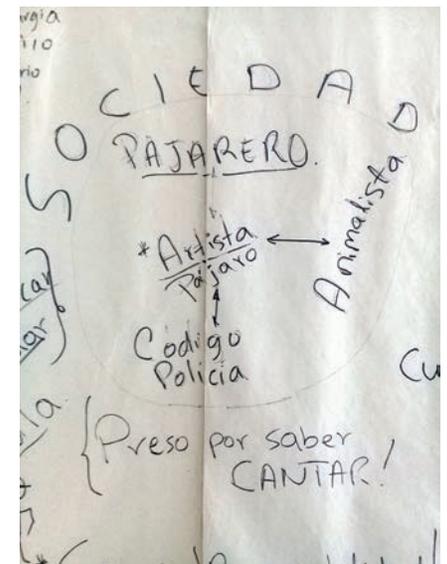
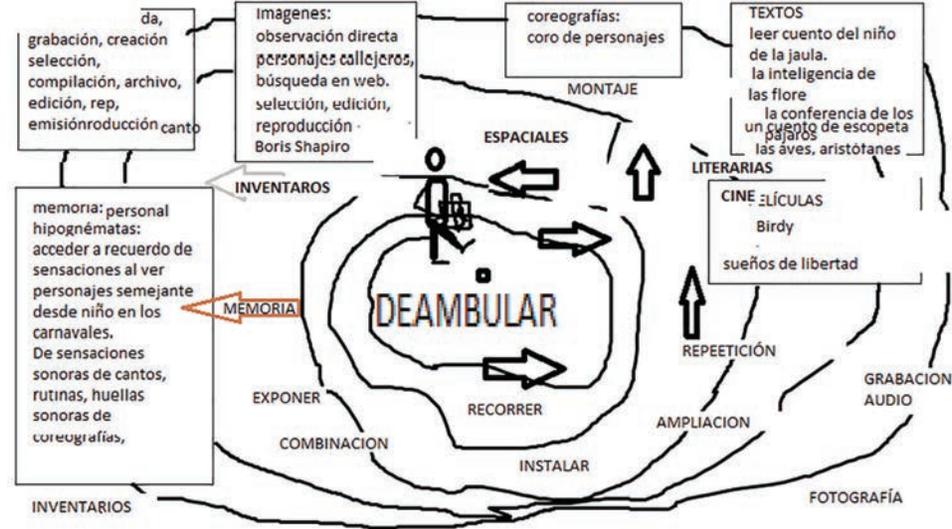
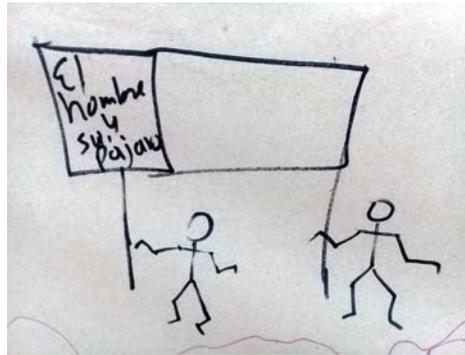
“¡Si sacan esos disfraces seguro que van a ganar!”, vuelve a gritar, con un tono muy convencido, mientras se acerca al grupo de ejecutantes que acababa de dejar sus tambores en el piso.

Era *la voz del pueblo* trazando la ruta a seguir. Y no podría ser de otra manera; no podría tomar otro sendero este devenir iniciado en una observación callejera, y que poco a poco se fue construyendo en varios recorridos en calles, plazas y andenes del centro de la ciudad.

Allí tendría que volver, metamorfoseándose al mismo tiempo que sus gentes en tiempos de carnestolendas, al mismo pulso que sus arquitecturas; en resonancia con sus propios ecos.

¿Cómo entrarle nuevamente al Carnaval de Barranquilla con el bagaje de una práctica artística activa de más de 12 años de inmersión con propuestas teatrales en los desfiles tradicionales, con este tema de hombres y pájaros?

¿Cómo pasar las experiencias performáticas específicas de pájaros y pajareros de espacios cotidianos y jornadas hábiles de los transeúntes de la ciudad, a ese nuevo espacio-calle convertido en escenario multitudinario durante el carnaval?



56

CADA
HOMBRE
CON SU
PÁJARO

Si ya la indagación había generado en mí respuestas a las preguntas que me hice al principio acerca del universo de los pajareros, ¿cómo trasladar estos contenidos que atraviesan mis sentidos y mis pensamientos a las plataformas que constituyen los desfiles de Carnaval en Barranquilla y en algunos pueblos cercanos?

¿Cómo presentar los gérmenes de este material que me ronda y atraviesa el cuerpo (ideas, imágenes, sensaciones, sonidos, colores, movimientos, canciones) ante los pajareros mismos sin que se sintieran traicionados por mí, sin que se sintieran utilizados, sin que sintieran que soy “un vendido”?

Ellos han sido mis cómplices en este camino; me han prestado sus pájaros para utilizarlos en los gestos de exploración; se han dejado fotografiar, han deambulado junto a mí y otros pajareros; me han contado sus secretos, sus maneras, sus sentires.

¿Cómo poner en calle mi materia, esta materia, si la aprobación del nuevo Código de Policía Nacional (2016) tiene a todos los círculos de este universo de pajareros (cazadores, traficantes, revendedores, fabricantes de jaulas, de utensilios, procesadores y distribuidores de alimento, etc.) en pánico por temor a que sus negocios o afición tengan que desaparecer, a que les quiten sus pájaros, les cierren sus negocios o los pongan presos?

¿Qué posición tomar como artista? ¿La del cómplice de los depredadores de la fauna silvestre? ¿La de los policías represores,



que también son pajareros? ¿La de los animalistas? ¿La del transeúnte que ni siquiera se había dado cuenta del asunto?

La salida que encuentro es poner mi cuerpo expandido en un cuerpo colectivo y presentar toda esta materia frente a un espejo. Vincular imagen real con imagen especular en medio de los desfiles del Carnaval.

El espejo ha de ser de superficies irregulares, con unas áreas planas, otras curvas, quebradas, rugosas, angulosas, sinuosas; brillantes, opacas e incluso unas traslúcidas y otras oscuras.

Convoco entonces a la Tropa de Melquiádes, el colectivo nacional de artistas y cómplices que me ha acompañado desde el 2005 en otros proyectos de comparsa, para que coloquemos juntos este espejo distorsionado entre los congos y los garabatos, entre las cumbiamberas y las reinas de belleza, entre los negritos pintados y los blanquitos empolvados, entre las negritas pulois y las ventoleras, entre travestidos y desenmascarados, entre disfraces de rambos y guerrilleros.

Vamos a sonar estos cantos de pájaros entre los pitos de mari-mondas, los estruendos de los picós y los tráilers ensordecedores, entre las canciones de siempre y las de la payola, entre los guepajé y los pregones de agua, agua, cerveza helada, cerveza helada, boli, boli, boli... Entre la caña e´millo y el *beat box*.

Vamos a exponer estos nuevos monstruos entre gorilas y descabezados, entre políticos y zombis, entre los extraterrestres depredadores y el loco bacinilla.

Vamos a disponer del espacio público transformado por la fiesta. Sobre la calzada y hasta el último semáforo, vamos a recorrer de borde a borde entre los andenes y los postes en ese túnel devorador que nos espera con ansia, sumergido en alcohol y estrépito.

Vamos a cruzar estas preguntas con las de los que nos gritan: “¿Y eso qué es?, ¿de dónde son? ¡Son cachacos! ¡Bailen, bailen! ¡Te tengo un pájaro pa’ esa jaula! ¡Ven, amánsame este pájaro! ¿Eso es una protesta?”.

Y con las de los que nos confiesan, como lo hizo un señor al finalizar el desfile de Puerto Colombia: “Ahora que los veo, no sé realmente qué voy a hacer con mis pájaros”.

O las de los que nos aplauden, nos agradecen, nos ofrecen ron y agua; los que se quieren tomar fotos con nosotros, entrevistarnos, invitarnos a otros eventos...

Y hasta con las voces que se aprenden nuestras canciones y cantan con nosotros:

Cada hombre con su pájaro,

cada hombre con su pájaro...

Lo caza, lo cuida, lo amansa...

Locaza-locuida-loamansa

El canto

“...luego lo vuelvo a introducir,
y él canta un poquito
ahí dentro, no le he dejado
morir del todo
y dormimos juntos
así
con nuestro
pacto secreto”.

Ch. Bukowski

El canto del pájaro es al mismo tiempo necesidad, pulsión y razón de esta costumbre: cantar, cantar y cantar.

Es el canto lo que le da valor y precio

es la compañía de ese canto la que se persigue

es el canto lo que se cultiva, lo que se disfruta, lo que se ofrece

es el secreto que se aprecia y se guarda.

Cada hombre con su pájaro (bis)

Lo caza, lo cuida, lo amansa (4 veces)

Es para el canto para lo que se le amansa, para que me cante, para que cante a mi lado, para que su canto me acompañe en el camino, me endulce, me alegre, me distraiga, me inspire, me de fuerza; me aparte de los malos pensamientos, me alivie.

*El canto, solo el canto es lo vital
el trino, la voz, el silbido.*

*La onda sonora que te sosiega,
el agüita dulce que te refresca*

*La vocecita suave que te alivia
el grito pleno que te amansa.*

Es el canto lo que le da sentido a esta maquinaria, que mueve sus mecanismos entre la perversidad y la dulzura, entre el placer y el orgullo, entre la caza y el cuidado, entre el amansamiento y el comercio, entre el símbolo y la rutina.

Cada hombre con su pájaro (bis)

Lo caza, lo cuida, lo amansa (4 veces)

Una maquinaria de engranajes cerrados en la que no entran las hembras, por la sencilla razón de que “las hembras no cantan”. Porque si las hembras cantaran, los machos no sabrían qué hacer.

Cada hombre con su pájaro (bis)

Lo caza, lo cuida, lo amansa (4 veces)

*Voy a cazar un canario
pa' que me acompañe siempre.
De mi casa hasta el trabajo
desde enero hasta diciembre .*

*Cuando mi pájaro canta
yo me pongo muy contento.
Me mantiene la esperanza
de estar más vivo que muerto*

Un conjunto de sonidos organizados por necesidad o capricho van siendo materia que se agrupa y se consolida de las manos y bocas, aires y golpes de los “pájaros libres” ubicados justo en medio de las mujeres de rojo y el hombre que carga su propia jaula.

*Cada hombre con su pájaro (bis)
Lo caza, lo cuida, lo amansa (4 veces)*

*El pajarito me canta,
yo escucho atento su trino.
Lo descubro, lo pechicho
junto a mí está su destino.*





*Yo me levanto temprano
a las 5 e 1a mañana,
yo lo limpio, lo alimento
lo coloco en mi ventana.*

Su fuerza irradia de punta a punta todo el cuerpo de la comparsa. Desde el canto del pájaro al canto de los hombres y las mujeres; de allí a las palmas, los tambores, a los metales.

*Cada hombre con su pájaro (bis)
Lo caza, lo cuida, lo amansa (4 veces)*

*Una cosa yo le digo
a la mujer que yo quiero,
que por más que la idolatre
a mi pájaro prefiero*

*Amanso mi pajarito
llevándolo a todos lados,
y si canta en el camino
me siento un rey coronado*

61

MANUEL
SÁNCHEZ
GARCÍA



Son los 25 músicos y la música de este cuerpo nuevo que serpentea entre gritos, aplausos, sonidos de picós y vendedores ambulantes. Es un nuevo cuerpo sonoro que entra en tensión con un paisaje rítmico forjado por la tradición y el comercio.

*Cada hombre con su pájaro (bis)
Lo caza, lo cuida, lo amansa (4 veces)*

*Yo lo llevaba en la mano
hombre', me gritaron flojo,
no comprenden de cariño
ni de lágrima' en los ojos.*

*Yo lo saqué a pasear,
vago dijo una voz dura.
De cuidado no comprenden
mucho menos de ternura*

Es una masa sonora que interroga el paisaje existente; que lo extraña, que crea una perturbación nueva en su espectro, que lo desacomoda; que le obliga intentar a descifrarlo... a querer tragárselo. O en su defecto, a ser devorado y desde su interior cantar a su pulso.

Cada hombre con su pájaro (bis)
Lo caza, lo cuida, lo amansa (4 veces)

Ayer me fuí pa´un concurso
y el canario no trinó,
los amigos se burlaron
mi mujer me consoló

Esto de cuidar el pájaro
es asunto masculino,
las mujeres no lo aprecian
pero si quieren su trino

Así surge su canto, unas veces duro y brillante, otras sosegado y dramático y otras, festivo y pegajoso. Canto pertinente, que no concede a la moda o al gusto arraigado en los tímpanos de los escuchas, de aquel lado del bordillo.

Cada hombre con su pájaro (bis)
Lo caza, lo cuida, lo amansa (4 veces)

Si me preguntan, respondo
que su canto es mi razón.
Por eso yo lo mantengo
a mi lado en su prisión

Si me preguntan, respondo
que su canto es mi sentido.
Lo cazo, lo amanso, lo tengo
al alcance de mi oído.

Que bebe de los tiempos del bullerengue y el metrónomo pero que desplaza de sus puestos las vocales de la palabra jaula, como quien retira varillas y puertas de las cárceles “..aúa... aúa...aúa..” para provocar una sensación de elasticidad y que luego, ebrio, circula por las aceras y terrazas, se hibrida con el propio desfile en presente y es de nuevo, cada vez, una renovada membrana traslúcida percutida por la celebración que te mueve, que te inquieta..

Cada hombre con su pájaro (bis)
Lo caza, lo cuida, lo amansa (4 veces)



*Y si las hembras cantaran
también las encerraría
pa' que se pasen conmigo
cantándome noche y día.*

*Y si las hembras cantaran
los machos podría soltar
ya pa' que los necesito
con ellas me ha de bastar*

Que come de los restos de los pájaros que quedan pegados a las ramas y que se nutre de las horquetas de las “ondas” y se traga las piedras chinas de las “caucheras” para que su digestión explote en vientos ácidos y brillantes, en pedos abrumadores que corroan las escopetas y oxiden las mallas de alambre y truenen los metales y los tambores anunciando el fin de la temporada de caza y la resurrección de *Joselito*

*Cada hombre con su pájaro (bis)
Lo caza, lo cuida, lo amansa (4 veces)*

*Y si las hembras cantaran
como canta mi mujer,
seguro que ellas lo harían
a su propio parecer.*

*Y si las hembras cantaran
como canta una mujer,
de seguro que los machos
ya no sabrían qué hacer*

*...Y no habría hombre que pudiera
ni cazarlas, ni cuidarlas, ni amansarlas
como se puede prever.*

Y todos los hombres-pájaros sean liberados por el canto libre desde las ramas, en el parabrisas, en el marco de la nueva ventana...y que desde antejardines, balcones y azoteas lancen a los que desfilan como ellos, en vez de espuma y maicena, flores, semillas de alpiste, millo...

Los hombres-pájaros amplificados

Torsi-desnudos.

Como son sus cuerpos y sus marcas. Sus pechos, brazos, manos y espaldas.

Montados sobre coturnos, que los separan un tanto del suelo y los colocan un poco en el aire.

Llevan faldas amplias que se bambolean a su andar, aunque no bailan. Caminan, pero danzan. ¿Son las faldas del guerrero oriental, los taparrabos, extendidos, las alas replegadas? ¿Son las faldas de la abuela que los crió? ¿Son las faldas del hombre libre? Tienen su propio vuelo.

Sobre los rostros unas máscaras de pájaro con colores oscuros, que en una comparsa anterior habían sido máscaras de abuelas, pero ahora estaban dotadas de un pico negro.

Las cabezas cubiertas con velos blancos que ocultan o develan, que ocultan y exponen... que extrañan.

Cargan sobre sus espaldas unos megáfonos que son al mismo tiempo sus voces y sus memorias, unas *prótesis* que les permiten recuperar su canto y ponerlo más cerca de la arquitectura urbana, más alto que las cabezas de los transeúntes, más arriba de las caderas de quienes lo cargan.

Cada uno lleva el canto de su pájaro, su canto, adonde se dirige, Llevan en sus manos pájaros vivos encerrados en unas cajitas de cartón, que portan con especial cuidado. Van en grupo adaptándose al espacio que la calle les permite, configurándose serpiente, oruga, cardumen, olla, lanza, corazón, rueda o palma.





Son la imagen totémica, los oferentes de la orden de los pajare-
ros de a pie, la que se diluye entre cuadra y cuadra.

Actúan en coro, en bandada, van conectados por la emoción,
por la fuerza, por el canto, pueden ser uno o muchos al mismo
tiempo, son collar o luna, andanza o corrillo; más comparsa que
procesión, más coral que escuadra, más acantilado que muelle.
Se escuchan, se encuentran, se concentran, se ordenan, se reco-
nocen, se abrazan.

Son siete o diez, o uno.

Pero nunca están solos; del otro lado del andén y en la calzada
siempre están todos, los unos y los otros; sus pares, sus *panas*.
Son los mismos que los miran; son los mismos que son mirados.
Quienes los escuchan y les cantan... y cantan.

Son su reflejo, sus otros, sus deseos, sus ganas.





68

CADA
HOMBRE
CON SU
PÁJARO



69

MANUEL
SÁNCHEZ
GARCÍA

Pajarraco/ espantapájaros

Ahí lo vemos.

*Múltiple función le ha puesto este hombre,
su creador.*

*De ser, al mismo tiempo pájaro
y pajarero de cartón.*

*De colores sucios, sordos, de trapo y chaquetón.
Sin orejas y sin dientes y falda por pantalón.*

*De zapatos grandototes que no ha querido lustrar
lo echan siempre adelante,
porque se suele extraviar.*

*Pajarraco, bonachón
Iluso y comelón.*

*Vende cuentos y canciones
a cambio de una ración
sea de alpiste o de millo
o de agüita e ´tinajón*

*En un carrito va adelante
de alas blandas, rejas duras
ofreciendo sus amores
del nido a la sepultura.*

*Espantapájaros tierno
sueña a todos atrapar
y que las jaulas del infierno
le tendremos que comprar.*

*Vuela, vuela, ilusionado
en la vara del parapeto
que su dueño le ha inventado
para que vea el mundo completo*

*Para que otee desde arriba
Y vea a los otros chiquitos
que cuando los tenga cerca
les zampe a todos su pico.*

70

CADA
HOMBRE
CON SU
PÁJARO

Mujeres con pájaros en la cabeza

Dieciocho mujeres transitan vestidas de fiesta con jaulas sobre sus cabezas.

Un grupo de ellas va detrás de los pajareros amplificados y las otras van alrededor del hombre enjaulado, cerrando la imagen total.

Las primeras van todas vestidas de rojo.

Ingrid — Nadie designó el color

Eva — no se pusieron de acuerdo

Vicky — el color rojo fue tomándose ese coro femenino

Matilde — sobre sus cabezas reposan

Francys — jaulas sin pájaros

Patricia, la mona — con las puertas abiertas

Alejandra — intervenidas desde su condición femenina

Angie — con adornos, encajes

Luz Ángela — pájaros de trapo

Adriana — tules, collares, piedras

Martha — una ramita de bambú

Zoila — y un corazón de cristal.

Surgen luego los movimientos alados que sostienen el viento, el ánimo.

Y el viento que sostiene el fuego.

Y el fuego que son sus manos.

Sus manos que sostienen la cadencia del andar de todo el grupo.

Del andar de los hombres-pájaro que van adelante y del resto de pájaros libres, hombres y mujeres que les siguen.

Aunque otras veces son paredes, jaulas, barrotes.

Las de más atrás, las que completan la imagen al fondo, llevan sobre su cabeza además de la jaula, un hombrecito.

Algunos de esos hombrecitos van desnudos, lo que deja ver sus junturas, sus uniones, la materia de la que están hechos, sus verdaderas formas, la densidad de sus cuerpos.

Patricia

Otros fueron hechos de trapitos apretujados y organizados delicadamente.

Oniris

Cosidos a mano con tal delicadeza que pareciera que no fueran nuevos, recién hechos, sino de remiendos, reconstruidos.

Yuyis

Cada puntada y cada pequeño detalle ha sido colocado en el lugar preciso y del color elegido. Nada está fuera de control.

Liliana

Aún no les he preguntado si tienen un nombre o una identidad; no les he preguntado, ni a ellas ni a ellos, si tienen una historia. Su propia historia, o si se trata de una historia inventada.







74

CADA
HOMBRE
CON SU
PÁJARO

Mónica

Supe que algunos fueron abandonados después de haberlos adquirido en una tienda de artículos esotéricos; su presencia no quedó en la composición final, pero la pulsión que movió a una mujer para comprarlos, debió quedar allí, entre los algodones y puntadas hechas en la zona del corazón.

Sofía

Todos son hombrecitos.

Se puede asegurar por su tamaño, por su figura.

Todos son especiales.

Algunos van dentro, otros fuera de la jaula,
aunque adheridos a esta.

Pero hay uno que ha pasado del hombro al regazo, al pecho,
a los brazos. Ha sido arrullado, elevado, acunado...

Adriana, la flaca

Todos poseen la carga del afecto que cada mujer aplicó como material de unión entre las piezas utilizadas para hacerlos.

Todos estos fueron armados o rearmados entre conversaciones, silencios, risas, intercambio de agujas, préstamo de hilos, de puntadas, de preguntas y recuerdos.

No hay ninguno que sea un hombre real.

Todos son unos muñecos.



El hombre en su propia jaula

*Te llevo siempre a mi lado
te compongo una canción
vamos canta pajarito
que tú brillas como el sol*

*Cada uno tiene un sueño
el mío no es complicado
Caminando por el mundo
con mi amigo emplumado
(Mingo Sánchez)*

75

MANUEL
SÁNCHEZ
GARCÍA

Un hombre cargando su propia jaula se recorre a sí mismo entre los barrotes y el comedero, entre el tanquecito de agua y la puerta abierta, entre el alpiste y el canto, entre el ron y la panela que reparten a la salida.

Se enfrenta a sus propios interrogantes y las respuestas que encuentra lo llevan a un par de barrotes similares a los anteriores.

Cada barrotes es una pregunta no resuelta.

Este es el mismo hombre que sale a caminar con una jaula en la mano y visita un amigo, un vecino, va al almacén, al taller, a la fábrica, a la tienda.

El mismo que luego se convertiría en una cucaracha o sería tragado por una gran ballena, solo para tener algo que contar en la esquina, junto a sus amigos, o en el encuentro de los sábados en la mañana, junto a la iglesia de la Cruz de Mayo.

Ha perdido los hilos de su vida sin que hayan pasado por sus manos. Y aquí lo vemos, peleando con su propio reflejo, entra y sale de la jaula, ordena, obedece, se revela, se embute, se indigna, se engorda, se jacta.

Aun así, siempre ha estado rodeado de mujeres. ¿Su abuela, sus tías, su madre, sus hermanas, sus profes, su compañera, sus *queridas*, sus hijas? Quizás.

Ellas han ido danzando a su alrededor durante todo el recorrido. Ve que lo miran que lo invitan



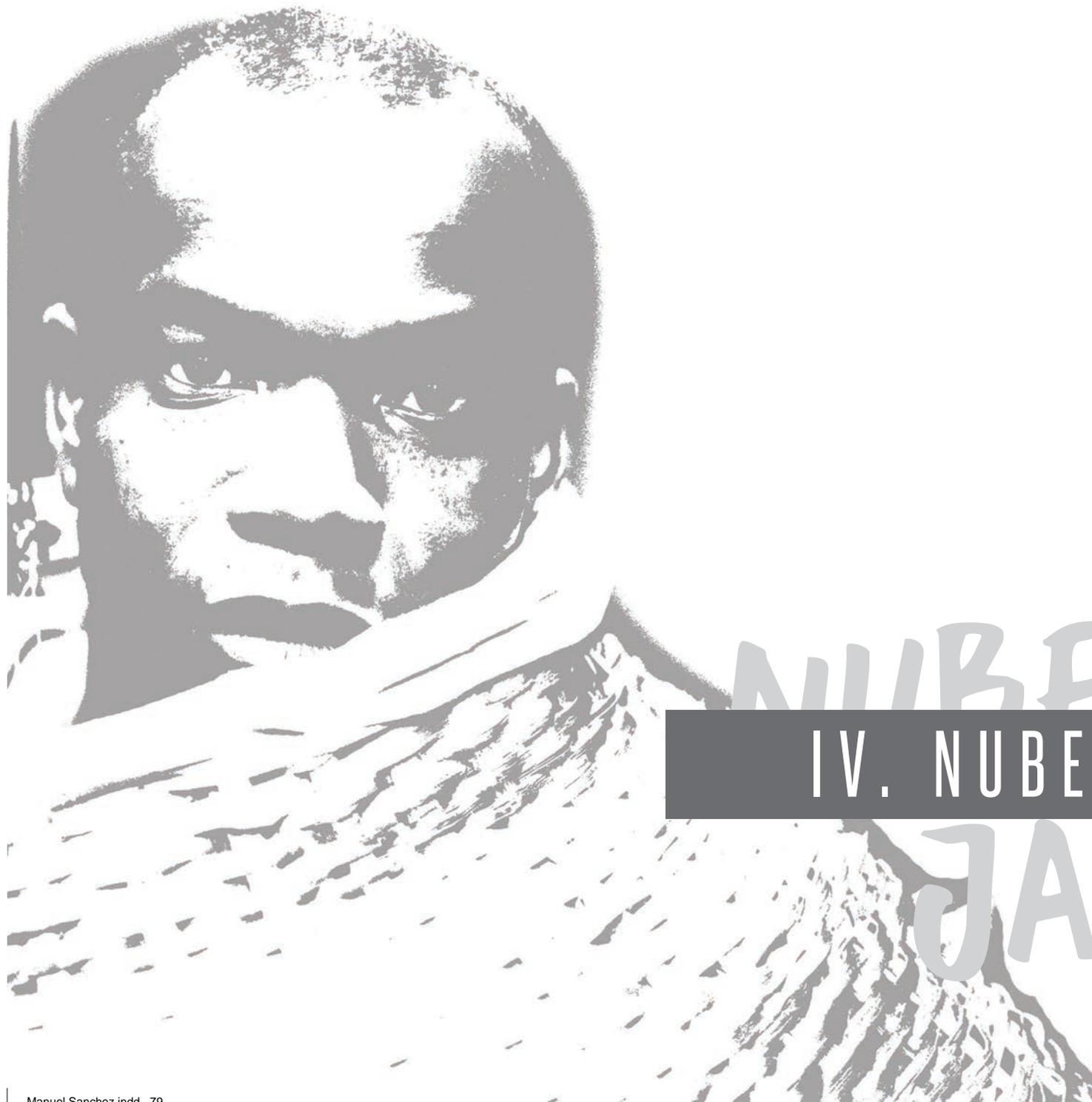
ve que lo halan
que lo tientan
ve que lo lanzan
que lo arrullan...

Que lo abrazan.
Y parece que nada pasara.
Ahora lo he perdido de vista.

Tres mujeres inmensas que van pegadas a sus faldas lo han cubierto de telas, ya lo cargan, ya lo guardan.

Él se duerme tranquilo, sin angustias ni esperanzas.





NUBES DE

IV. NUBE DE JAULAS

JAULAS



La nueva imagen, apuntes para una huella

Una nube de jaulas viaja sobre las cabezas de un grupo de mujeres y acompaña su andar tranquilo.

Un hombre amansa diariamente su incertidumbre en el gimnasio montado sobre una máquina de marcha.

El pájaro es ahora una ausencia que habita la cajita de cartón con 8 huequitos.

La jaula no es más que la sombra invertida del pájaro que ya no está a nuestro lado.

Un hombre carga su propia jaula y se recorre a sí mismo entre el comedero y el columpio.

La cajita es el amigo muerto que va contigo a todos lados y que siempre recuerdas por sus alas, por su canto, aunque ronco.

Y por su silencio: Aníbal.

Un grupo de pajareros/pájaros transita con prisa armado de trampas de palitos y un frasquito de Vick Vaporup lleno de piñique.

81

MANUEL
SÁNCHEZ
GARCÍA



La nueva imagen, la huella que se hizo gesto

”Pájarooo, pájarooo...”

Ahora grito “¡pájarooo, pájarooo...!”.

Ahora canto “¡pájarooo, pájarooo...!”.

Ya no soy el mismo hombre que estuvo en una larga vigilia desde diciembre de 2016, empujando el carnaval hacia atrás, para que no pasara aún por su esquina, para que esperara a que las ideas estuvieran claras, para que las imágenes se organizaran en el fondo de su cabeza.

Pero por más que intenté ralentizar los días y las noches o lograr alguna negociación con el calendario, mi cuerpo se fue haciendo liviano, traslúcido y ya mi cabeza no pesaba, ni importaba.

Los días dejaron de pasar, llegaron los otros cómplices y se armó un espacio-tiempo de creación tutelado por el dios Kairós, amante de la celebración, quien, una vez más, había ganado la lucha frente a Kronos.

“Pájaroooo, pájarooo...”

Vuelvo a cantar entre silencios acompasados y pisadas que resuenan a la entrada a un salón completamente oscuro.

A mi llamado responden los que quieren conocer el misterio que desde hace días se prepara allí.

Entran casi en bandada, me callo y entro después de ellos.

La puerta se cierra.

Adentro una luz tenue baña en perpendicular cuatro objetos que podrían ser tinajas o canastos.

El espacio completo es ocupado por el trino amplificado de un canario; es un canto que no cesa, una voz que perdura.

Ahora todos estamos en el interior de un vientre que podría devorarnos, o acunarnos entre hilos de luz, mujeres vestidas de rojo y un grupo de hombres-pájaro que transitan debajo de una “nube” de jaulas vacías con rastros de objetos y formas femeninas.

Luego nos parecerá que es esa “nube” la que los transita a ellos.

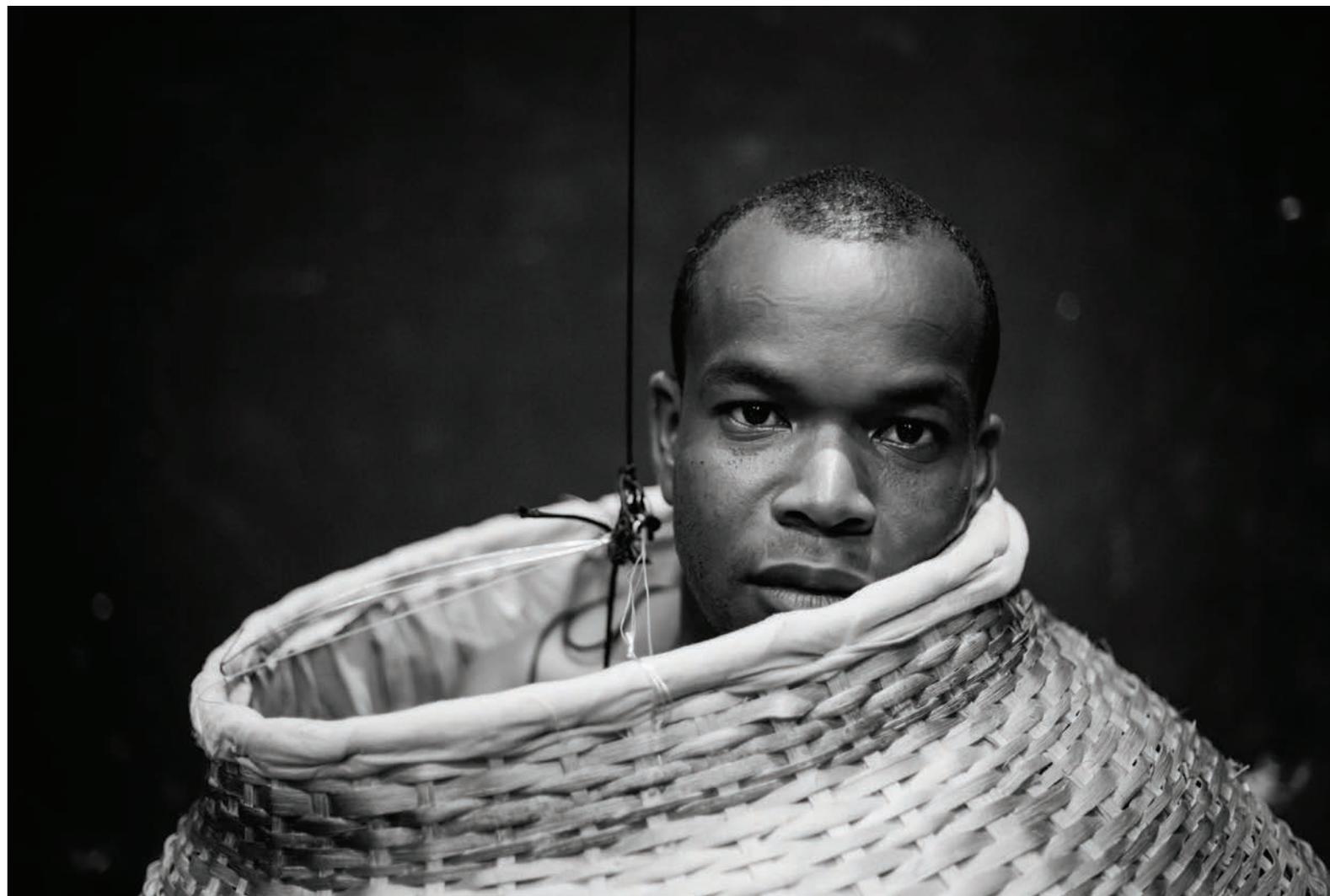
Desengancho los contrapesos que activan la maquinaria y esta se diluye entre una estructura que se construye a sí misma. Una materia que va encontrando su composición, su punto de oscilación, su equilibrio precario y hasta su propio canto.

Es el silencio que permite que la materia hable por sí sola.

Una música grabada en vivo, durante los desfiles, es emitida por cuatro altavoces monofónicos que, como la “nube”, penden también del cielo y en su momento hacen un recorrido circular de

84

CADA
HOMBRE
CON SU
PÁJARO



ida y vuelta sobre su eje, como las varas de las antiguas emisoras de pueblo.

Canta el pájaro
Cantan los hombres y las mujeres
Cantan vientos y percusiones
Canta la calle.

No es el carnaval, pero está allí.
No es el desfile, pero lo sientes.
No es la comparsa, pero te sabes en ella.
No es el hacer que ya sabemos, es el hacer por sí mismo.

Es su huella que ha sido activada.
Es su olor que ha sido cultivado por una joven negra en frasquitos de mostaza.
Es la huella oculta en los zapatos de los actantes y los espectadores.

No está el ron, pero su aroma te recorre.
No es la gaita nativa, ni la caña de millo pero su gracia atraviesa los tubos de bronce y los parches sintéticos de los pájaros libres.

Sí, es el tambor alegre currucuteando entre las vísceras de los hombres-pájaro

y la fuerza del aleteo de sus faldas.



Es la imprecisión de la maquinaria teatral que con el chirrido de sus poleas y junto al canario amplificado, acompañan al pájaro azul de Bukowski a cantar su soledad.

Son cuatro hombres-pájaro que son todos los hombres y todos los pájaros.

Son los cuatro hombres-pájaro que son todas las jaulas abiertas como las del niño del cuento de Burgos Cantor que *la profe* me regaló un día que no olvidaré jamás.

Son los hombres-pájaros chamánicos de la orfebrería originaria.



Ha pasado la fiesta y quedan ahora solo las sensaciones de los afectados que decidieron participar:

“Lo masculino, la libertad, el vuelo, la fuerza, la certeza, el canto”. “Sentimiento, hombre, constipación, amor, manifiesto, encierro”.

“Partícula, frío, sonoridad, oscuro”. “Latinoamérica, piedra, conciencia, libertad, nostalgia”.

“Ensoñación, movimiento, asombro, arrullo, volatilidad”. “Sueños, vuelo, enjaulamiento del alma”. “Presagio, ausencia”. “Libertad, péndulo, silbido, rumor, jaula, dolor, silencio”. “Poesía, virilidad, juego, protección, comunión, libertad, dualidad”. “Canto, levedad, deseo, apertura, sin límites, cadencia, altura”.

Vuelve la luz afuera, vuelve el canto de salida y un fuerte impulso por permanecer, por quedarse frente a estos hombres-pájaro.

“¡Pájarooo, pájarooo...!”

Abro la puerta de salida

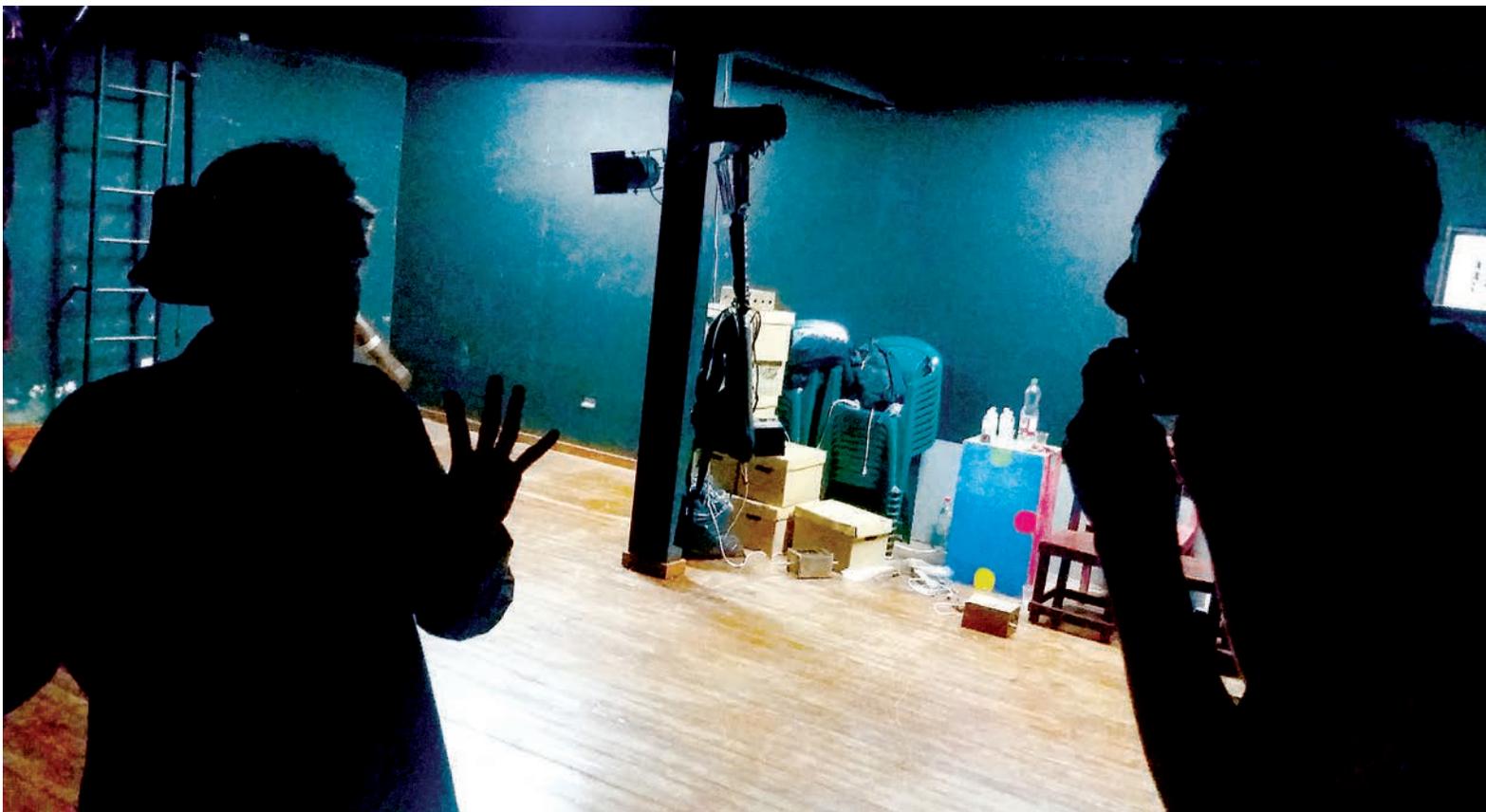
un leve haz de luz rompe la oscuridad del salón.

Mi ser calla ahora...

Todos callan.







Coda

En la ciudad de Barranquilla, un hombre sobrevivió a la incertidumbre de iniciar un proceso de creación sin saber para dónde iba. Estaba interesado por conocer el origen de la perturbación que le generaba la imagen de unos hombres portando pájaros enjaulados en su mano. Siguió su intuición y poco a poco, atravesado por la angustia que le generaba la indefinición, se sintió llevado de la mano por un lobo que entre preguntas lo fue enfrentando a reconocer en el error su propio potencial; en las dudas su propia certeza; en el silencio y la escucha, su voz; en las

ausencias, su presente; en la materia y sus leyes, su mismidad; en el trazo, su propio devenir y en su cuerpo, su propia huella.

Al final descubrió que el rechazo es una versión desconocida del deseo, que el territorio que abarcan la perturbación y el deseo contiene las claves de la vida, el movimiento, la respiración, el intercambio. Y que sí, que cada hombre, sea artista o policía, tiene un pájaro, un dolor, una fragilidad, un miedo, una lágrima, un arrullo, un secreto, un canto... Y para todo ello tiene también sus jaulas.

89

MANUEL
SÁNCHEZ
GARCÍA

Este trabajo se nutrió de:

- Aristófanes. *Las aves*. Recuperado de: <https://www.educ.ar/recursos/131147/las-aves-de-aristofanes>
- Beckett, S. (1981). *Quad*. Recuperado de: <http://proyectoidis.org/samuel-beckett-quad/>
- Bukowski, Ch. (2017). *Hay un pájaro azul en mi corazón* (poema de 1992). Recuperado de: <http://www.literaturbia.com/2016/03/07/pajaro-azul-un-poema-de-charles-bukowski/>
- Burgos Cantor, R. (2015). *Juegos de niños*. Bogotá: Editorial Magisterio.
- Chevallier, J. F. (2011). Fenomenología del presentar. *Literatura: teoría, historia, crítica*, 13(1), 49-83.
- Maeterlinck, M. (2014). *La inteligencia de las flores*. Bogotá: Taller de Edición Roca (edición original: 1907).
- Múnera, J. M. y Reichel-Dolmatoff, G. (1988). "El hombre-pájaro". *En Orfebrería y chamanismo: un estudio iconográfico del Museo del Oro*. Medellín: Editorial Colina.
- Sánchez, J. A. (2015). *Ética y representación*. Colección de Artes Escénicas. Serie teoría y técnica. México, D. F.: Paso de Gato.
- Sánchez, J. A. y Belvis, E. (2015). *No hay más poesía que la acción*. Colección de Artes Escénicas. Serie teoría y técnica. México, D. F.: Paso de Gato.
- Rodríguez, M. M. (2016). *Poemas a los pájaros* (inédito).

Fue clave apreciar la obra plástica de:

- Boris Shapiro. <https://www.invaluable.com/artist/shapiro-boris-w43m8zczbh>
- René Magritte. <https://www.refinandonuestrossentidos.com/pintura-galeria-virtual/pintura-galer%C3%ADa-virtual-vi-ren%C3%A9-magritte/>
- Efraín Cortés. <http://museo.uninorte.edu.co/pintores/index.asp?Codigo=10>

y la revisión de:

- Código Nacional de Policía. Ley 1801 del 29 de julio de 2016. Recuperado de: <https://www.policia.gov.co/files/ley-1801-codigo-nacional-policia-convivenciapdf>
- El caballo de Nietzsche (*blog*) (octubre de 2016). *La hombría en una jaula*. Recuperado de: www.eldiario.es/caballodenietzsche/hombria-jaula_6_262183815.html



Bandada de pájaros participantes

Intervenciones en calle, comparsa y gesto final

Miguel Cepeda, Moisés Molina, Eduardo Sosa, Edgardo Lanuza, Wilfer Donado, Juan Ricardo Rodríguez, Juan David Rodríguez, Ilián Sánchez, Gisela López, Tedys Villar, Pedro Pérez, Cristian Padilla, Jesús Cornelio, Kevin Santiago, Alex Santiago, Nicolás Guardiola, John Fredy Simanca, Kevin Sánchez, Gustavo Pacheco, Vicente Estupiñán, Zoila Sotomayor, Vicky Osorio, Patricia Gaviria, Ingrid Palma, Luz Villamil, Liliana López, Adriana Dávila, Francy García, Martha Herrera, Domingo Sánchez, Alexis Sánchez, Melody Feo, Joaquín Saavedra, David Barrera, Oscar Cerquera, Ingrid Emig, Hernán Guzmán, Eliana Rojas, Yulli Martín, Edinson Aguirre, Cesar Alba, Sebastián Giraldo, Sofía Monroy, Ingrid Lancheros, Yonathan Barbosa, Angie Lorey, Wiston Santiago, Victorino Roa, Paolo Vignolo, Adriana Urrea, Romer Peña, Nicolás Guardiola.



Acompañamiento en la puesta en pie de la comparsa

Luis Vicente Estupiñán

Musicalización de la comparsa

Domingo Sánchez
(composición, arreglos y dirección)

Fotografías de la comparsa

Alejandro González, Rubén Darío Mejía, Steven Restrepo,
Maximiliano Mercado, Sergio Rojas, Indrid Emig.

Fotografías del gesto final

Valeria Amor

Video de la comparsa

Simón Sánchez

Diseño piezas promocionales

Salomé Sánchez



Edición / Zoila Sotomayor

Diseño textos y portada / Joaquín Camargo

Arte final / Munir Kharfan

Impresión / Cálamus / Barranquilla (Colombia)

91

MANUEL
SÁNCHEZ
GARCÍA



A manera de colofón

La posibilidad de una ética de la representación implica, en primer lugar, el reconocimiento del artificio que toda representación conlleva, es decir, aceptar que las representaciones no son contrastables con criterios de verdad, y que el sentido de las representaciones radica en su utilidad. Pueden ser útiles en cuanto medios de conocimiento, en cuanto medios de manifestación de realidades invisibles, en cuanto juegos o divertimentos, en cuanto generadoras de placer estético o en cuanto instrumentos para la creación de comunidad.

José A. Sánchez
Ética y representación (2015)

